

ecuación autonomía-heteronomía. Un catálogo minuciosamente reconstruido por la autora evidencia que Problemas no se redujo a la difusión doctrinal y traspasó los límites partidarios.

El segundo bloque, “Edición literatura y escritores”, se abre con el artículo de Isabel de León Olivares “Reeditando las letras de América: las prácticas editoriales de Rufino Blanco Fombona”. El aporte se centra en las redes transnacionales de una empresa que apuntó a difundir autores latinoamericanos más allá de las fronteras del continente. Desde la correspondencia, los diarios, las conferencias del venezolano Fombona la autora demuestra cómo la editorial América, vigente entre 1915 y 1933, fue en sí misma una operación de intervención cultural. Para contrarrestar los “dislates” que se publicaban entonces en Europa sobre la literatura americana, Fombona —personaje con una biografía novelesca: del consulado en Ámsterdam a la cárcel— encarna un momento histórico de profesionalización del editor. A partir de las redes del personaje, la autora repone las facetas de la edición: prologuistas, traductores, compiladores y críticos literarios, así como los espacios de sociabilidad, formación y sustento que gravitaron como condiciones de posibilidad de la editorial.

En “El escritor y el mundo de la edición: la experiencia literaria de Alfonso Reyes”, Aimer Granados aborda los modos en que el escritor opera como editor, aún de sus propios textos. En efecto, el artículo ilumina la importancia que Reyes otorgó al “circuito” en el que, como afirma Robert Darnton, “se transmiten mensajes que se transforman en el camino, a medida que pasan del pensamiento a la escritura. De esta a los caracteres impresos y de allí de nuevo al pensamiento”. Finalmente, cierra la sección un artículo de Diego Zuluaga sobre el profuso intercambio entre A. Rama y R. Gutiérrez Girardot para dar forma a la edición de **La utopía de América** de P. Henríquez Ureña.

La tercera sección del libro se centra en

las revistas como espacios de condensación de la actividad editorial y cultural. Abordar este tipo de publicaciones como plataformas de intersección y cruce de líneas temáticas e itinerarios intelectuales permite distinguir la multiplicidad de voces, las redes y polémicas que operan en el campo de la edición. El artículo de J. D. Murillo se titula “Testigos encubiertos de la transformación. Las revistas gráficas y el espacio editorial sudamericano a comienzos del siglo XX” y atiende un objeto novedoso: las revistas gráficas; acercándose a la materialidad en una de sus más concretas acepciones: los trabajadores de la imprenta y el papel. A partir del análisis de las revistas, **Noticias Graficas** chilena y **Éxito Grafico** argentina, las cuales articularon diversos intereses asociados a los oficios gráficos —trabajadores y empresarios— Murillo recrea un escenario histórico marcado por el crecimiento de la industria editorial y la organización política de los obreros del rubro, a lo que suma la dimensión transnacional de sus redes. La reconstrucción histórica se teje así armoniosamente con el objeto, iluminando sus aristas más proteicas, es decir, la imbricación entre las prácticas intelectuales y su materialidad.

La sección de revistas se completa con una contribución sobre los objetivos programáticos de las revistas chilenas **Babel**, **Claridad** e **Índice**, vigentes durante la primera mitad del siglo XX y por último con un trabajo de G. Gaona sobre las redes evangélicas en Colombia a partir de un corpus de publicaciones periódicas.

En su conjunto, y a partir del variado abanico de casos considerados, el libro aquí reseñado constituye un aporte sustancial a la historia del libro y la edición y más ampliamente a la historia cultural del continente. Como ha destacado Dosse en **La marcha de las ideas** (2007), se vuelve necesaria una complementación entre una lectura externalista e internalista del texto. El libro compilado por Rivera Mir y Granados contribuye en esta dirección, evidenciando que la edición conlleva una

resignificación del texto, que se vincula estrechamente a su contexto político y social.

Mariana Bayle
CeDInCI-UNSAM

A propósito de Carlos Illades, **El marxismo en México. Una historia intelectual**, México, Taurus, 376 pp.

Aparecido en 2018, **El marxismo en México. Una historia intelectual** cierra el ciclo de un conjunto de publicaciones que el historiador Carlos Illades ha venido presentado en la última década. Arrancando con **Las otras ideas: el primer socialismo en México** y teniendo su continuación en **La inteligencia rebelde**, fue acompañado de presentaciones panorámicas de la izquierda mexicana en **De la social a Morena** y más recientemente en **El futuro es nuestro: historia de la izquierda mexicana**. A lo largo de estos últimos años, Illades ha enfatizado en el pasado reciente y en buena medida aún vivo, tanto de la izquierda mexicana como del marxismo entendido como la producción específicamente teórica de una opción política. El texto que ahora reseñamos opera como cierre de este largo proceso.

No es casual que durante el último año el historiador mexicano haya decidido ampliar sus estudios sobre la izquierda mexicana y sus contornos teóricos. Ello remite al indudable cambio de situación que se dio a partir del primero de julio del año 2018, donde finalmente la izquierda mexicana ha logrado acceder al gobierno del Estado, abriendo con ello nuevos escenarios de disputa, aún no suficientemente comprendidos —y quizá muchas veces incomprensibles— para la intelectualidad crítica. Este significativo cambio en la esfera política está dotado de su propia lógica, sin embargo, es importante destacar que ocurrió en el marco de tres motivos de movilización de la memoria política. Pri-



mero, el sesenta aniversario del movimiento ferrocarrilero —que mostró los límites del corporativismo y los alcances del autoritarismo—; segundo el cumpleaños cincuenta del movimiento estudiantil de 1968 —que desafió al presidencialismo— y, aunque menos conmemorado, los treinta años de la insurgencia ciudadana alrededor de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas en las elecciones de 1988. Cuál si hubiese sido trazado por algún designio teleológico o alguna astucia de la razón, el 2018 cierra el círculo de la democratización, por la vía de la arremetida popular en las urnas, en medio de una crisis social que en su profundización ha lacerado al cuerpo social en su totalidad. Los aportes del historiador son parte del intento de comprensión de la raíz diversa que supone el cambio de gobierno del año 2018.

Illades ha realizado la elección de un marco interpretativo que puede ser considerado exitoso, al tiempo que también dicha perspectiva sugiere registros importantes para la crítica. Optando por recorrer la vía de la denominada “historia intelectual”, una forma de practicar la disciplina que ha ganado terreno en los últimos años, el historiador presenta una cartografía para entender las principales discusiones que la intelectualidad sostuvo durante buena parte del siglo XX. Esta situación tiene una razón de ser ante la transformación del lugar social del intelectual en el capitalismo contemporáneo, que ha desplazado sus capacidades en el debate público y lo ha convertido en un *opinólogo* inofensivo, en un *showman mass mediático* —algunos más exitosos según lo indica la vara de la actual vida en red social— o en el peor de los casos en un académico universitario, limitado en su acceso a las editoriales y de nula posibilidad de que su voz se escuche en los pasillos del poder. El intelectual en el capitalismo ha dejado de tener las condiciones para intervenir en la coyuntura, pasando a registrar u opinar sobre hechos de los cuales no dispone más que de su intuición. Como ha reflexionado Shlomo Sand sobre este personaje de la vida moderna, sólo ha hablado el mismo

intelectual y en los tiempos neoliberales la extensión del currículum ha destronado a la importancia de la obra. Esta situación ha sido radicalizada en el caso del intelectual marxista, que ha perdido ese espacio de conformación de identidad y de aprendizaje continuo que fue el partido —o la “organización política”— y con ella sus formas de expresión: la prensa, la discusión interna y la revista teórica. El tratamiento del intelectual como un objeto de disquisición genealógica no es, por tanto, un capricho, sino la constatación de radical transformación de su fisonomía.

Así, Illades establece un conjunto de anclajes a partir de los cuales organiza las producciones de quienes a nombre del marxismo produjeron una variedad significativa de discursos a lo largo del siglo XX. Como toda historia nacional, la especificidad termina venciendo a cualquier pretensión de universalidad abstracta y, en este caso, ello se muestra con claridad a partir de la emergencia de la “ideología de la revolución mexicana” y de la construcción de un Estado que contuvo, mediatizó y organizó al conjunto social. Este dato es el que organiza la forma en la que los intelectuales en general y los marxistas en particular, lograron posicionarse en el debate político. De un costado tuvieron a la revolución mexicana, con un Estado aparentemente todopoderoso, que logró construir instituciones y modernizar a la sociedad; por el otro, el ordenado despliegue capitalista que terminó de conformar una sociedad moderna con sus desgarros constitutivos, pero deudora siempre de la estatalidad y sus cuantiosos recursos. En medio de ambos procesos, una misma problemática: la ausencia de independencia de los grupos y clases subalternas que en su andar construyeron organizaciones condenadas a la crisis y la marginalidad o bien, momentos de lucidez y rebeldía que fueron castigados con severidad por el poder que aspiraba al paternalismo.

Es la falta de capacidad de autodeterminación de los conjuntos sociales a los que apelaba el marxismo la que explica en gran

medida las vicisitudes de la práctica de ese discurso. Así, esta corriente, expulsada de los sindicatos y del mundo del trabajo, encontró en ideólogos nacional-populares como Lombardo Toledano una expresión positivista y teleológica; al tiempo que permitió que el exilio español (con un Adolfo Sánchez Vázquez o Wenceslao Roces) desarrollara una cierta perspectiva crítica al interior de las universidades y de proyectos editoriales de amplias proporciones. No fue sino hasta la década de los sesenta, después de profundas crisis, que la izquierda en su conjunto pudo desprenderse de la ideología de aquella revolución y en donde los grupos subalternos, particularmente la clase obrera nacida del seno de la modernización pos-revolucionaria, lograron producir resquicios de independencia, aunque sus expresiones fueron minoritariamente socialistas y mayoritariamente nacionalistas-revolucionarias.

Es en este último segmento donde la intervención de Illades aparece con mayor claridad dispuesta a partir de los abordajes teóricos muy específicos, anteponiendo la figura del individuo devenido en intelectual enmarcado en determinadas condiciones de producción a partir de problemáticas compartidas. Asistimos a la sistematización de la filosofía de la historia de Carlos Pereyra al estudio del mundo campesino de Roger Bartra; de la historización del capitalismo de Enrique Semo al escudriñamiento del cardenismo por Arnaldo Córdova; de la teorización de la clase intelectual por Enrique González Rojo a los debates sobre la cultura sostenidos por Bolívar Echeverría tras los sucesos de 1989, por mencionar sólo algunas de las temáticas. Todo ello, de nuevo, en una época de agitación en donde los partidos —especialmente el comunista, corazón de la izquierda— abandonaban la marginalidad y emprendían la nada sencilla tarea de disputar la noción de democracia. El marxismo mexicano de esa segunda mitad de siglo transitó por todas las vías imaginables, fue althusseriano pero también gramsciano, leyó minuciosamente **El Capital** y utilizó los **Grundrisse** para ex-

plicar el pasado y cuestionar el estatuto universal del “modo de producción”; recurrió a las filosofías hegeliano-marxistas de Gyorgy Lukács, Karel Kosik o Adam Schaff, pero también a las renovaciones encabezadas por Perry Anderson, mantuvo diálogo con el marxismo de los economistas norteamericanos y negoció entre la ardua tarea de apropiarse del “consejismo” en una zona del planeta donde el campesino seguía siendo alma de movilizaciones. El marxismo fue variopinto, multiforme y en el caso de México, además, plurinacional.

Las críticas al texto pueden recorrer distintos niveles y sugerir enfoques diversos. En un primer momento, sin embargo, debe reconocerse que desde que Elí de Gortari publicó en el año 1957 en la revista comunista **Liberación** la primera reseña histórica del marxismo en México, poco se había avanzado. Una serie de “historias” de dicha corriente latinoamericana habían rondado lugares comunes, sin profundizar en la diversidad. Así, esta obra es la primera que se aproxima a reconstruir por una vía la historia del marxismo, camino importante, pero no el único.

Ello ha motivado preguntarse, en las condiciones de una sociedad como la mexicana, qué es lo que debe entenderse por marxismo. Mirando la obra reseñada aparece, sobre todo, como la práctica situada de individuos con nexos más o menos fuertes con la política, cuestión esta que ha sido enfatizada en entrevistas posteriores. Libros, editoriales, revistas y debates académicos son los que ocupan gran parte del terreno, un marxismo de aula en un tiempo donde la politización pasaba por las universidades de manera obligada. Otras vertientes han querido reconstruir la raíz diversa del marxismo, aquellas que se encuentran en la estética, en el muralismo, en el congreso partidario, en el documento político, en la revista clandestina, en el poema, en la película o en la canción; todavía sin la sistematicidad de la perspectiva intelectual. Estas son las que fueron vitalizadas por el magisterio normalista, por los comunistas en su militancia partidaria, por el estudian-

te devenido guerrillero; este es más bien el marxismo del círculo de estudio, podríamos decir. En una historia multiforme, lllades entrega un plano significativo dejando aún tramos importantes por explorar.

Decía Sánchez Vázquez que la crítica era la cortesía del pensador (para él, el filósofo). No puede sino reconocerse el esfuerzo titánico que ha realizado el historiador, recientemente admitido como integrante de la Academia Mexicana de la Historia. Y es que, aunque la historia de los otros marxismos está aún por construirse, lo cierto es que el momento propiamente intelectual queda delineado en sus principales contornos y con no pocos momentos de detalle. En este término sólo habría que reconocer ausencias como las de los múltiples exilios (¿hasta qué punto los “gramscianos” sureños descubrieron a José Carlos Mariátegui en México?) que produjeron obras excepcionales. Además de Bolívar Echeverría, al que se hace referencia en varios momentos, también estuvieron René Zavaleta Mercado o Enrique Dussel, quienes aportaron significativamente. Igualmente, la ausencia de Armando Bartra es notoria.

Como escribimos, el contorno ha quedado delineado. Tenemos la primera aproximación que reconoce el estatuto específico de la teoría, su “autonomía relativa”, es decir el reconocimiento de sus formas de operación y reproducción. Y es que esta “autonomía” tan poco común en la región es producto de un país en el que la clase obrera fue mediatizada y organizada por un aparato estatal que presumía su legítimo origen en un hecho armando, creando un hiato entre el movimiento obrero y las perspectivas marxistas. Las y los trabajadores, en cuanto clase, se encontraron—como el resto de la sociedad— la mayor parte del tiempo contenida en una camisa de fuerza y cuando lograron liberarse optaron por otras vías distintas a la socialista. Ese otro marxismo —categoría prestada de Alberto Híjar— del que hablamos antes fue igualmente periférico y débil y sólo tuvo momentos de irrupción en periodos focalizados. La producción

teórica se encuentra mayoritariamente en esfuerzos político-editoriales, en debates intelectuales que buscaron profundizar el conocimiento de una trayectoria histórica o bien, en quienes desentrañaron el último recoveco del texto marxiano para descifrarlo en toda su riqueza. Todo ello nos demuestra que en tanto corriente política e intelectual, el marxismo no se encuentra más allá de la realidad que lo habita y, para el caso mexicano, esta se encuentra sobre determinada por la presencia del Estado y su ideología.

Siguiendo el recorrido de la trayectoria del historiador mexicano, tan consciente del papel del intelectual en la vida pública y de la evaluación mesurada que este debe realizar para poder intervenir en la coyuntura, no cabe duda de que este más que un cierre es el inicio de un sendero que, quienes lo acompañan en su trabajo común, seguramente seguirán explorando.

Jaime Ortega
UNAM

A propósito de Alejandrina Falcón, Traductores del exilio. Argentinos en editoriales españolas: traducciones, escrituras por encargo y conflicto lingüístico (1974-1983), Madrid / Fráncfort del Meno, Iberoamericana / Vervuert, 2018, 268 pp.

En tiempos de hiper-especialización en la producción de conocimiento, cualquier trabajo que pretenda avanzar a través de un enfoque interdisciplinario, según parece, debería apelar no tanto a matrices cognitivas de grandes disciplinas a secas, sino a desarrollos de ámbitos ya especializados y mixturados. Por lo tanto, si el libro de Alejandrina Falcón combina aproximaciones propias de estudios literarios, traductológicos, históricos y sociológicos, lo hace con éxito sólo a partir de su incursión en tres áreas puntuales de estudio: “la investigación académica sobre exilio político en la Argentina y América Latina; los estudios